

PAUL KRUGMAN, KEYNES, Y LA CRISIS ACTUAL.

Ernesto Molina Molina.¹

Paul Krugman, Premio Nobel de Economía, en su libro “The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008. W.W Norton & Company, New York London, es uno de los autores que intenta explicar la actual crisis como consecuencia de las políticas económicas erróneas, a pesar de las lecciones que otras crisis económicas han brindado a lo largo de la historia, especialmente, la Gran Depresión de 1929- 1933 y la economía de la burbuja japonesa de los años 1990.

El criterio principal defendido por Krugman en este libro se asocia a encontrar una solución plausible a “la trampa de liquidez” que sobreviene después de las explosiones de las burbujas financieras, originadas por la especulación financiera desenfrenada. En opinión de Krugman, es necesario volver a Keynes, aún cuando estas nuevas burbujas financieras rebasen las fronteras nacionales, mucho más allá de aquella que se desencadenó en Wall Street en 1929.

Las crisis son normales: la depresión es otra cosa.

De la presentación que el propio Krugman realiza – al iniciar el análisis de la crisis actual – se puede inferir su aceptación del carácter normalmente cíclico de la economía capitalista. Sólo que determinados errores de política, tal y cual sucedió cuando la Gran Depresión de 1929-1933, convirtieron dicha crisis en “una tragedia innecesaria”; lo cual exigió “liquidar el trabajo, liquidar las acciones, liquidar los granjeros, liquidar los bienes raíces...purgar la pudrición del sistema”.

Los Estados capitalistas poderosos aprendieron a evitar esas grandes depresiones desde Keynes hasta Friedman, según afirma Krugman. Determinadas “recetas” de políticas económicas resultaron efectivas durante varias décadas; hasta que surgió la crisis asiática de los años 90 del siglo pasado:

“Gobiernos como el de Estados Unidos en 1930-1931 – pueden haber permanecido una vez incapaces (indefensos) mientras el sistema bancario nacional colapsaba; pero en el mundo moderno, el seguro de depósito y la disposición de la Reserva Federal de inyectar efectivo a las instituciones amenazadas, se supone que impidan tales escenas. Ninguna persona sensata pensó que la era de la ansiedad económica pasó; pero era de suponer que cualquier problema que pudiéramos tener en el futuro, tendría poco parecido a los de los 1920s y 1930s.”²

El abandono de las soluciones Keynesianas – en opinión de Krugman – “la buena y anticuada macroeconomía de la demanda”, ha sido uno de los errores estratégicos fundamentales para impedir una mejor política ante los peligros inminentes de una nueva gran depresión.

¹ Profesor Titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, MINREX. Presidente de la Sociedad Científica de Pensamiento Económico y Economía Política de la ANEC.

² Paul Krugman, “The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008, p. 5, W.W Norton & Company, New York London. (En lo adelante, las citas aparecerán ya traducidas al español, aunque se respete la paginación en inglés)

De cierta manera, Krugman refleja la polémica entre keynesianos, monetaristas y ofertólogos, que desde los años 70 del siglo XX hasta el presente, ha dominado el escenario académico de la economía política convencional, aquella que ha servido de fundamento teórico para instrumentar las políticas macroeconómicas de los Estados capitalistas más poderosos, pero sobre todo, de Estados Unidos. En este sentido, Krugman se manifiesta a favor de un regreso a las medidas anti-crisis Keynesianas:

“¿Qué significa decir que la economía de la depresión ha regresado? Esencialmente significa que por primera vez en dos generaciones, fallos en el lado de la demanda de la economía – gasto privado insuficiente para utilizar la capacidad productiva disponible – se ha convertido en la clara limitación de prosperidad para gran parte del mundo.”³

Si bien se le pudiera calificar a Krugman de “eclecticista”, pues no renuncia a las ideas de los ofertólogos y los monetaristas para el largo plazo; en cambio valora las medidas keynesianas como efectivas para el corto plazo:

“Aún hoy muchos economistas piensan que las recesiones son un asunto menor, su estudio un tema ligeramente desprestigiado. El discurso presidencial de Robert Lucas que yo cito en el capítulo 1, presenta argumentos convincentes de que el ciclo económico ya no era un asunto importante, y que los economistas debían desviar su atención al proceso tecnológico y al crecimiento a largo plazo. Eso está bien, los asuntos del largo plazo son los que realmente importan, sólo que como Keynes señaló, en el largo plazo todos estaremos muertos.”⁴

La medida salvadora: el rescate de los bancos.

Todo el discurso de Krugman está dirigido a dar fundamento a la política seguida, primero, por la administración W. Bush, y después, por la administración Obama, del rescate de los Bancos:

“La solución obvia es poner más capital. De hecho, esa es la respuesta estándar en las crisis financieras. En 1933 la administración Roosevelt usó la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas para recapitalizar bancos mediante la compra de acciones preferenciales – acciones que tenían rango superior sobre las acciones comunes en términos de sus reclamos de ganancias. Cuando Suecia sufrió una crisis financiera a principio de los 1990s, el gobierno intervino y le proporcionó a los bancos capital adicional equivalente al 4% del PIB del país – el equivalente de \$ 600 mil millones para los Estados Unidos hoy – en pago a una propiedad parcial. Cuando Japón rescató sus bancos en 1998, compró más de \$ 500 mil millones en acciones preferenciales, el equivalente relativo al PIB de alrededor de 2 billones de inyección de capital en los Estados Unidos. En cada caso, la provisión de capital ayudó a restaurar la habilidad de los bancos para prestar y descongeló los mercados de crédito.”⁵

El supuesto “eclecticista” de Krugman se hace evidente cuando reconoce que el mercado –y no el intervencionismo estatal keynesiano o socialista– ha de ser el que rija para el largo plazo: sólo en situaciones graves como las actuales, es imprescindible que

³ Ibidem, p. 182.

⁴ Ibidem, 183.

⁵ Ibidem, 185.

el Estado asuma las riendas discrecionales del manejo de la economía, después debe regresarse a la privatización.

Al considerar que el rescate de la banca por parte de la administración de W. Bush ha resultado insuficiente, afirma:

“Mi opinión es que la recapitalización con el tiempo tendrá que ser mayor y más amplia, y que tendrá que haber mayor autoridad de control gubernamental – en efecto vendrá más cercana a la total nacionalización temporal de una parte significativa del sistema financiero. Solo para estar claro, esto no es un objetivo a largo plazo, el asunto es apoderarse de las cumbres dominantes de la economía: las finanzas deben ser reprivatizadas tan pronto como sea seguro hacerlo, de la misma manera que Suecia puso la banca de nuevo en el sector privado después de su gran rescate financiero a principio de los 1990s. Pero por ahora lo importante es liberar crédito por cualquier medio al alcance, sin atarse a nudos ideológicos.”⁶

Salvar al capitalismo es encontrar fuentes de crédito en estas circunstancias difíciles. ¿Y de dónde pueden provenir las fuentes de crédito? El sistema financiero internacional, bajo el dominio de Estados Unidos luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, ha seguido un camino tortuoso que hasta cierto punto pareciera darle la razón a Krugman en cuanto a la gravedad que provocan las “malas” políticas económicas: “fuente” de las grandes depresiones. Ese camino tortuoso se ha caracterizado por la falta de escrúpulos –por parte de Estados Unidos– para obtener fuentes de financiamiento a expensas del resto del mundo, con vistas a garantizar su hegemonía mundial. Como quiera que Krugman sólo aspira a sacar a Estados Unidos del atolladero de esta crisis, sin profundizar en la gran responsabilidad que ha tenido su sistema de gobierno en la distorsión del sistema financiero internacional, nos vemos obligados a reflejar estos hechos que a continuación referimos.

El camino tortuoso de la arquitectura financiera internacional.

Desde finales de los años 70, creció en flecha la deuda externa en los países del Tercer Mundo, lo cual conllevó formas de pago de la deuda con enormes transferencias financieras hacia los países centro, que continuaron fortaleciendo la esfera financiera y su globalización. Se inició la privatización de los grandes fondos de retiro y los grandes fondos comunes de inversión y de administración en cartera, de títulos, de fondos de fundaciones mutuales, fondos en la esfera de la salud, educación, seguridad social, sistemas penitenciarios, infraestructura energética, telecomunicaciones, todo se cotiza como valores mercantiles en la bolsa.

Margaret Thatcher, en 1979, y Ronald Reagan, en 1980, iniciaron una política restrictiva basada en ventas de bonos del Tesoro en el mercado de obligaciones con la garantía de una tasa de interés positiva. Todo lo anterior contribuyó a que los mercados monetarios asumieran un carácter mundial. Los mercados de cambio, de créditos, de acciones y obligaciones se liberalizaron, se desregularon nacionalmente. La tecnología de la información facilitó esta desregulación de los mercados financieros que permitía incrementar la movilidad internacional del capital a corto plazo y en general, facilitaba la desterritorialización del capital.

⁶ Ibidem, 186.

Estados Unidos abandonó el régimen de cambios fijos de Bretton Woods e introdujo un régimen de cambios flotantes generalizados en 1973. En un régimen de cambios fijos y de convertibilidad – oro, Estados Unidos se habría visto obligado, como les ocurre hoy a todos los países deudores del Tercer Mundo, a pagar sus deudas con una relativa pérdida de soberanía y muy impopulares medidas internas de austeridad. Con esta decisión unilateral de 1973, los Estados Unidos esperaban compensar una competitividad declinante y un endeudamiento creciente mediante la exportación de los desequilibrios macroeconómicos.

Durante decenios, Japón y Europa (y últimamente países emergentes muy dinámicos, como China) han financiado la deuda y los déficit americanos en constante aumento. Gracias a la oleada internacional de liberalización de los años 80 y 90, la “industria financiera norteamericana” accedió al ahorro (capital ajeno) de los nuevos países industrializados y emergentes (NICs), con índices de rendimiento muy elevados. El primer deudor del mundo fue el principal beneficiario de la creación de este mercado libre mundial de capitales.

Se ha creado un sistema financiero muy flexible y dinámico, que permite buscar el mejor rendimiento en un mercado financiero global que correlaciona todos los mercados particulares (swap, divisas, opción a futuro, etc.) Todo se privatiza. El nuevo régimen les ha permitido aprovecharse de las reservas de ahorro del planeta para mantener un elevado nivel de gasto. Gracias a su potencia política y al dólar, única moneda de reserva mundial, Estados Unidos ha salvaguardado una soberanía plena y completa en el terreno monetario.

En el mercado de mercancías, la nueva organización del comercio también afecta a los Estados del Sur. A partir de los años 80 los flujos de inversión extranjera directa (IED) se reorientaron a favor de los países centro y los intercambios comerciales intrafirma cobraron un peso mayor en el comercio internacional. La integración tiene sus costos: desaparecen algunas ramas de producción que eran competitivas al nivel de país, pero dejan de serlo bajo la integración. ¿A cuál integración debe acceder el Sur para defenderse mejor de la globalización?

Pero...¿cómo pueden competir los empresarios capitalistas en los países subdesarrollados, al no poder entrar en la carrera tecnológica con las empresas globales de los países desarrollados? Una alta tasa de inflación en el país subdesarrollado conduce a un salario real bajo. La inflación no aumenta la producción ni el valor, pero sí reduce el salario real, como regla. Mediante la inflación las empresas obtienen mayores ganancias y mediante la depreciación pueden vender a precios competitivos en el mercado internacional. La búsqueda de la equidad en el seno de las sociedades capitalistas suele ser un objetivo declarado, pero no cumplido, si bien contribuye a la gobernabilidad del sistema.

La crisis y la inflación al servicio del poder.

La economía y las relaciones de poder necesariamente han ocupado un lugar destacado en el debate. Ello puede explicar la presencia de un tema recurrente: la búsqueda de la hegemonía mediante la esfera político militar.

El capital transnacional puede diseñar, imponer y controlar el tipo de sociedad que más conviene a los centros de poder del imperialismo gracias también a la maquinaria industrial-militar más poderosa del mundo. Los monopolios que producen armamentos, estrechamente vinculados a los poderosos grupos financieros que dominan la economía y la política imperialista, globalizan la guerra mediante cualquier pretexto o patraña. El complejo militar industrial constituye un nexo de tipo especial entre el aparato estatal y la burocracia político-militar, con la maquinaria industrial-militar, es decir, con los monopolios que producen armamentos.

A través de la exportación de armas, el complejo militar industrial de Estados Unidos logra que su producción (entiéndase el gasto improductivo) no recaiga sólo sobre el Estado, logrando que este desembolso corra por los Estados que importan estos medios, estos a su vez asumen los efectos negativos de la reproducción limitada, mientras el país exportador adquiere los recursos necesarios para importar los medios de producción y de consumo necesarios para ampliar su escala productiva. Estos Estados importadores de armas adquieren de este modo su antidesarrollo.

Llama la atención que todavía hoy la política defendida por Keynes y sus continuadores – de preferir que se financie la inversión con deuda pública – se mantenga vigente por los neoliberales. Se habla del colapso de las políticas keynesianas, pero sin embargo las políticas neoliberales no renunciaron a la deuda pública como fuente del gasto público, más bien la llevaron a su máxima expresión hasta el presente. Se argumenta el principio “democrático” de que la propia población lo prefiere así: no financiar el gasto público con más impuestos, sino con deuda pública. Esa continuidad a lo largo de más de medio siglo entre Keynesianos y Neoliberales muestra hasta qué punto el Complejo Militar Industrial ha sido un sustento fundamental para las políticas económicas globales, conducentes a la estanflación o crisis con inflación.

Conviene, no obstante, reconocer también la discontinuidad entre el Keynesianismo y el Neoliberalismo en su variante monetarista.

Keynes tuvo que enfrentar la Gran Depresión de 1929-1933. Ello puede explicar el énfasis que puso Keynes a las medidas anti-crisis y también por que se percibe hoy cierto regreso a las ideas Keynesianas.

En primer lugar, Keynes dio prioridad a la política fiscal. Sin una política fiscal adecuada no se puede ampliar en las magnitudes necesarias el gasto y la inversión pública. No se podría alcanzar el objetivo máximo de lograr en dos o tres generaciones niveles de inversión que eliminasen la escasez de capital. La deuda pública debe desempeñar un papel relevante como fuente para el gasto y la inversión pública presente. La inversión pública financiada por préstamos particulares —los llamados “gastos de préstamo”— aumenta la demanda efectiva presente. Keynes entiende que los impuestos, al modificar la estructura de los ingresos, deben llevarse adelante sin cambios bruscos, poco a poco, a largo plazo. Cifra sus mayores esperanzas en el gasto público, lo más inmediato que el Estado puede hacer en el breve plazo; aprovechar el efecto multiplicador de las inversiones cuando existe capacidad instalada subutilizada.

En segundo lugar, Keynes aboga por la política monetaria, utilizar la tasa de interés como variable de decisión. Mantener estable y baja la tasa de interés en el largo plazo debe ejercer necesariamente influencia en el nivel de inversión real. Es cierto que el

aumento de la cantidad de dinero puede operar como un mecanismo inflacionario que eleve los precios y reduzca el salario real, sin afectar el salario nominal; política defendida por Keynes. Los precios altos influyen, a su vez, en el “rentista”, quien tiene ingresos fijos; y, en este caso, hay un desestímulo al rentista y un estímulo al inversionista en la economía real.

A este efecto podemos transcribir las siguientes líneas del propio Keynes: “Desde el momento en que esa parte de la ganancia que el empresario se ve forzado a pasar al rentista es fija en términos monetarios, el alza de los precios, aun cuando no esté acompañada por ningún cambio en la producción, redistribuirá los ingresos de modo favorable al empresario y desventajosamente para el rentista.”⁷

En el siglo XX las políticas keynesianas se aplicaron en el Reino Unido en los años cuarenta y se mantuvieron en vigor hasta finales de los años setenta. El gobierno realizaba previsiones sobre la demanda para los dos años siguientes. Si la demanda era insuficiente (como en 1952, 1958 y 1971) el gobierno aumentaba su propio gasto, o reducía los impuestos o los tipos de interés.

Si se consideraba excesiva (como en 1941, 1955, y 1973) la acción pública era la contraria (política discrecional). Los efectos de esta política sobre el presupuesto se consideran de segundo orden. El objetivo era mantener el crecimiento de la demanda acorde con el aumento de la capacidad productiva de la economía, de forma que la demanda fuera suficiente para mantener el pleno empleo pero sin ser excesiva, lo que provocaría un aumento de la inflación. Otros países industrializados también aplicaron políticas keynesianas; por ejemplo, en los Estados Unidos el presidente John F. Kennedy aplicó este tipo de medidas para sacar a la economía estadounidense de la recesión de principios de la década del sesenta. Lo importante a destacar aquí es la preocupación keynesiana porque el Estado ejerza influencia en la economía real; en este sentido, la economía financiera ha de subordinarse a la economía real, algo que las políticas neoliberales han ignorado.

En los años 70 la inflación moderada promovida por la política keynesiana, se convirtió en inflación crónica, dejó de ser *solución*, para convertirse en *problema*: surgió el fenómeno de la *estanflación*. De allí que las ideas anti - inflacionarias y monetaristas de Milton Friedman cobraran gran vigencia.

Friedman brindó toda una serie de argumentos en contra de la inflación y a favor de respetar la tasa natural de desempleo, por considerar a la inflación un mal método de garantizar el pleno empleo por el gasto público.⁸

Si con Keynes se había encontrado un nuevo mecanismo (la inflación) para presionar sobre el mercado laboral, los monetaristas, con Friedman a la cabeza, no renunciaban al “viejo” mecanismo del ejército industrial de reserva y aceptaban un nuevo término más sofisticado para denominarlo y medir su magnitud mínima necesaria: la tasa natural de desempleo.

⁷ John Maynard Keynes, La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero, p. 279, Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

⁸ Ver: Milton y Rose Friedman, Libertad de Elegir, Editorial Planeta-De Agostini, S.A, España, 1993, p. 345-389.

En definitiva, se intenta “disciplinar” a la clase obrera para que admitan el salario “correcto” con dos instrumentos: el desempleo y la inflación.

Al aceptar Friedman la tasa natural de desempleo, por debajo de la cual es imposible reducir la desocupación con una política monetaria expansiva, llega a la conclusión de que cualquier política discrecional de estímulo de la demanda, es inefectiva y, por tanto, sólo se debe tratar de estabilizar la oferta monetaria a un ritmo constante.

Todo este ejercicio “teórico”, conviene contraponerlo con las experiencias históricas de varias décadas de práctica neoliberal, en Inglaterra, con Margaret Thatcher ; en Estados Unidos, con Ronald Reagan y en el Tercer Mundo, con los planes de ajuste del Fondo Monetario Internacional.

En la Gran Bretaña anterior a Margaret Thatcher, alrededor de una persona de diez, estaba clasificada como viviendo bajo la línea de la pobreza. Y después de la Thatcher, una persona de cuatro, y un niño de tres es oficialmente pobre. La privatización como tendencia comenzó en Gran Bretaña y se difundió por todo el mundo. La teoría económica pre - neoliberal argumentaba a favor de los servicios públicos como “monopolios naturales” que debían estar en manos del Estado.

Un monopolio natural, según esta concepción, existe cuando la dimensión mínima para garantizar la eficiencia económica máxima, es igual a la dimensión real del mercado. En otras palabras, una compañía debe ser de una cierta dimensión para realizar economías de escala y por ende, proveer el mejor servicio posible al menor costo posible para el consumidor. Los servicios públicos también requieren muy grandes desembolsos de inversiones al comienzo, como son las vías de ferrocarril o redes eléctricas, lo que tampoco estimula la competencia. Es por eso que los monopolios públicos fueron “la solución” obviamente óptima.

Pero los neoliberales definen cualquier cosa pública como “ineficiente” ipso facto. Margaret Thatcher, al privatizar los sectores públicos, destruía también los sindicatos más fuertes del Reino Unido. Entre 1979 y 1994, el número de empleos del sector público en Gran Bretaña fue reducido de más de 7 millones a 5 millones, una caída del 29%. Virtualmente, todos los empleos eliminados eran empleos sindicalizados. Como el empleo del sector privado estuvo estancado durante esos quince años, la reducción general en el número de empleos británicos llegó a 1.7 millones, una caída del 7% comparado con 1979.

¿Dónde está aquí el llamado “desempleo voluntario”? ¿Practicó la Thatcher la política de salarios flexibles para garantizar la tasa natural de desempleo? ¿Renunció la Thatcher a la regulación estatal del mercado laboral?

A lo largo de la década de los 80, con la administración Reagan, el 10% de las familias norteamericanas con mayores ingresos, incrementaron el promedio de sus ingresos en 16%, el 5% incrementó el suyo un 23%, pero el extremadamente afortunado 1% de las familias norteamericanas pudieron agradecer a Reagan un 50% de incremento. En cuanto a las familias más pobres, todos los que estaban en el 80% de la base perdieron algo; de acuerdo a la regla: cuanto más bajo estaban en la escala, más perdieron. El 10% de norteamericanos ubicados en la base: perdieron el 15% de sus ya pobres ingresos.

En 1977, el 1% de la cima de las familias norteamericanas tenía ingresos 65 veces mayores que aquel 10% de la base. Una década después, el 1% de la cima era 115 veces más rico que el decil de la base. No hay nada misterioso acerca de esta tendencia hacia una mayor desigualdad. Las políticas están diseñadas para dar a los que ya son ricos más ingresos disponibles, particularmente, a través de los recortes en los impuestos y de bajas en los salarios.

La teoría y la justificación ideológica de tales medidas es que ingresos más altos para los ricos y mayores ganancias, llevarían a más inversiones, mejor asignación de recursos y por ende más empleos y bienestar para todos. La “nueva macroeconomía clásica” quizás pueda explicar cómo los obreros voluntariamente decidieron ser cada vez más pobres, para que los ricos fueran cada vez más ricos.

El camino tortuoso de la especulación ha resultado tan evidente que Krugman ha tenido que reconocerlo, como en su momento hiciera Keynes:

“Tenemos problema de magneto, dijo Keynes al comienzo de la Gran Depresión: la mayor parte de la maquinaria económica estaba en buena forma, pero un componente crucial, el sistema financiero no estaba trabajando. También dijo: “Nos hemos involucrado en un desorden colosal, al cometer un error craso en el control de una máquina delicada de la cual no entendemos su funcionamiento”. Ambos planteamientos son tan válidos hoy como lo fueron entonces.”⁹

Quizás, lo nuevo que reconoce Krugman con relación al nuevo “desorden colosal” de la crisis actual, es su aspecto tecnológico relacionado con las tecnologías de la información a escala global:

“Crecientes flujos de capital internacional crearon las condiciones para la devastadora crisis monetaria en los 1990s y para la crisis financiera global en 2008. El crecimiento del sistema bancario en la esfera del capital ficticio creó las condiciones para las avalanchas de solicitudes de reembolso bancario de nuestros días a escala masiva. Estos reembolsos incluían frenéticos clicks con el mouse, más que frenéticas turbas fuera de los bancos con sus puertas cerradas, pero no eran menos devastadoras.”¹⁰

Uno de los méritos de Keynes es haber fundamentado la necesidad de regular el movimiento del capital ficticio cuando aún era posible a escala nacional en los países capitalistas desarrollados: hoy esa necesidad se extiende a escala global:

“En las secuelas de la Gran Depresión, rediseñamos la maquinaria de forma tal que la pudiéramos entender suficientemente bien para evitar grandes desastres. Los bancos, la pieza del sistema que funcionó tan mal en los 1930s, fueron colocados bajo estricta regulación y apoyados por una fuerte red de seguridad. Entre tanto, los movimientos internacionales de capital, que jugaron un papel perjudicial en los 1930s también fueron limitados. El sistema financiero se hizo aburrido pero más seguro.”¹¹

⁹ Paul Krugman, “The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008, p. 189., W.W Norton & Company, New York London.

¹⁰ Idem.

¹¹ Idem.

¿Será posible que en las actuales condiciones de globalización financiera se regrese a un sistema financiero “aburrido”, en que la “economía casino” a escala global sea sometida a estricto control?

Por lo que afirma Krugman, tal pareciera que bastaría con tener muy presente la forma de accionar frente a la trampa de la liquidez.

La trampa de la liquidez.

Cuando el Estado aumenta la oferta monetaria, es normal que los tipos de interés disminuyan y que la inversión se vea estimulada. El crecimiento de esta última provoca un aumento de la demanda agregada que lleva a una actividad económica más intensa.

La disminución de los tipos de interés se produce porque la gente utiliza sus cantidades adicionales de dinero para comprar activos financieros; títulos de renta fija, por ejemplo. Ello contribuye a que los precios de estos aumenten, y a que decrezca su rendimiento. Por consiguiente, si una empresa, o un gobierno, quiere captar fondos, mediante la emisión de títulos, no hará falta que ofrezca un tipo de interés tan elevado como el anterior.

Sin embargo, puede darse el caso de que los tipos de interés bajen tanto que, cuando la gente se dé cuenta de que tiene más dinero en el banco, se sienta satisfecha manteniéndolo en él, en vez de utilizarlo para comprar activos financieros. En esta situación, un aumento de la oferta monetaria ni reduciría los tipos de interés, ni provoca un incremento de la demanda agregada. No hay ningún camino a través del cual la política monetaria pueda estimular la economía, y el gobierno se encuentra ante la trampa de la liquidez.

Para Krugman la inflación puede ser solución para salir de la trampa de liquidez. Durante la trampa de la liquidez, una tasa de interés baja, muy baja, no estimula la inversión. Pero si los empresarios y los consumidores esperan que sus ahorros se devalúen en el futuro por motivos inflacionarios, se deciden a invertir y a gastar: y así se sale de la trampa de liquidez. Esta es la propuesta de Krugman. De hecho, Krugman está discrepando de Friedman. Para Friedman la inflación es el problema, no la solución.

¿En que se parece lo que pasó en Japón (la crisis de la burbuja) a lo que está pasando en Estados Unidos? En ambos casos, según Krugman, la competencia especulativa –no regulada por parte del Estado– condujo a tales desafueros; pero cuando esto sucede, ha de saberse operar con la trampa de la liquidez, algo que Japón no ha sabido hacer:

“No hay nada misterioso acerca del comienzo de la baja de Japón en 1991: más tarde más temprano la burbuja financiera estaba destinada a explotar, y cuando lo hizo trajo consigo un declive en la inversión, en el consumo y por lo tanto en la demanda general. Lo mismo sucedió en los Estados Unidos después que la burbuja del mercado de valores de los 1990s explotó, y de nuevo después que la burbuja de la vivienda de la siguiente década reventara. La pregunta es por qué los que hacen política en Japón, en particular su banco central, no pudieron poner la economía en marcha de nuevo.”¹²

¹² Paul Krugman, “The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008, p.p. 67-68, W.W Norton & Company, New York London.

El camino de seguir incrementando la deuda pública financiada con inflación, camino recomendado por Keynes, es la solución para Krugman:

“La respuesta clásica, la que ha sido asociada con el nombre de John Maynard Keynes, es que el sector privado no gastaría suficiente para mantener el pleno empleo, el sector público debe reactivar la economía. Dejar que el gobierno pida dinero prestado y use los fondos para financiar proyectos de inversión pública – si es posible para buenos propósitos, pero esa es una consideración secundaria – y por este medio crear trabajos, que harán a las personas más dispuestas a gastar, lo que generaría todavía más trabajos, y cosas por el estilo. La Gran Depresión en los Estados Unidos fue llevada a su fin mediante un programa de trabajos públicos financiados por déficit, conocido por Segunda Guerra Mundial.”¹³

Krugman reconoce así, aunque de forma muy técnica y superficial, el papel desempeñado por la industria de armamentos y la economía de guerra, en la recuperación económica de Estados Unidos ante la Gran Depresión, aunque no se refiere, ni mucho menos, al Complejo Militar Industrial como pilar junto al dólar, para desarrollar su hegemonía en los años de postguerra.

Al mismo tiempo, Krugman propone otro camino “más pacífico” posible para Japón:

“¿Por qué no tratar de reactivar el crecimiento japonés con una versión más pacífica de lo mismo? Japón trató. Durante los 1990s el gobierno produjo una serie de paquetes de estímulo, pidiendo dinero prestado para construir carreteras y puentes, los necesitara el país o no. Estos paquetes crearon trabajos directamente y estimularon la economía como un todo cada vez que se pusieron en marcha.”¹⁴

Solo que el Ministerio de Finanzas Japonés tuvo muy presente el cambio demográfico de la población japonesa – su envejecimiento – y por tanto, llevar adelante una política irresponsable, indefinida, de endeudamiento vía inflación, comprometería el destino de esa población envejecida:

“Al igual que en otros países, Japón tuvo una explosión demográfica seguida por una depresión en los nacimientos y enfrenta el fenómeno de una creciente proporción de retirados con relación a los trabajadores. Pero el problema de Japón es extremo: su población en edad laboral está realmente declinando constantemente, el número de retirados crece rápidamente. Y puesto que los ciudadanos retirados son una pesada carga fiscal sobre los gobiernos modernos – receptores de caras pensiones públicas y cuidados de salud – los principios fiscales ordinarios dicen que Japón debe estar construyendo un depósito de confianza para pagar las cuentas futuras, no administrar déficit cada vez mayores.”¹⁵

Para Krugman, por el contrario, la solución inflacionaria, la política continuada de déficit fiscal defendida por Keynes cuando la crisis de 1929-33, sigue siendo el único camino posible:

¹³ Ibidem, p. 71.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Ibidem, p. 72.

“Ciertamente ha habido una línea de pensamiento que dice que la inflación moderada puede ser necesaria si la política monetaria puede combatir las recesiones. No obstante, los partidarios de la inflación han tenido que luchar contra el sentido muy arraigado de que los precios estables son siempre deseables, que promover la inflación es crear incentivos peligrosos. Esta creencia en la importancia de la estabilidad del precio no está basada en modelos económicos corrientes – por el contrario, la teoría usual de los libros de texto, cuando se aplica a las circunstancias inusuales de Japón, apunta directamente a la inflación como la solución natural. Pero la teoría económica convencional y la sabiduría económica convencional no siempre es la misma cosa – un conflicto que se haría crecientemente manifiesto en la medida que un país después de otro se encontró teniendo que hacer elecciones difíciles ante la crisis financiera.”¹⁶

La trampa de Keynes.

Si bien la vida de Keynes estuvo marcada por la Gran Depresión y dos Guerras Mundiales, los problemas globales asociados a la destrucción de la naturaleza – que hoy amenazan la humanidad – no se manifestaban aún de forma tan grave como en la actualidad. La reproducción del capital social constituyó el gran problema de la época, que ya el mercado por sí solo no podía resolver sin la presencia del Estado interventor.

La teoría de Keynes no fue concebida para dar respuesta a la degradación de la naturaleza producida por el sistema del capital, más bien estuvo dirigida a armonizar las relaciones entre la economía real y la economía financiera, con todas las implicaciones que ello conllevaba para la gobernabilidad burguesa del sistema. Pero en el centro de la economía real de hoy existe un problema estructural muy grave: la crisis energética es estructural, no es cíclica. Las políticas neoliberales – que pretendieron rectificar al keynesianismo – por el contrario, condujeron al modelo consumista energético a límites inadmisibles para la naturaleza y la misma sociedad. Si la humanidad tiene que seguir un derrotero para salir de este atolladero, tiene que escuchar y poner en práctica – holísticamente – las ideas de los más lúcidos científicos del mundo.

Sin dudas, John Maynard Keynes cumplió brillantemente su misión como la más alta representación del economista burgués ideológico del capitalismo monopolista del Estado en los años 30 y 40. Pero la solución Keynesiana ha sido una trampa para caer en el modelo consumista energético que se mantiene atrapado por el Complejo Militar Industrial.

Los economistas burgueses desempeñan un papel importante en la elaboración de medidas que respondan a los momentos coyunturales más difíciles del capitalismo. Sólo que es necesario esclarecer si estamos hoy frente a un momento coyuntural o estructural. Si se trata de un momento coyuntural se puede esperar que surjan economistas, sociólogos, políticos, que al mismo tiempo que instrumenten una teoría coherente que adorne y desvíe la mirada de las contradicciones del sistema, se esfuercen por encontrar métodos concretos de acción sobre el proceso espontáneo de la reproducción capitalista, para viabilizar al máximo las contradicciones reales.

Cuando Paul Krugman se limita a apoyar teórica y científicamente el salvamento de los bancos como única alternativa de solución a la crisis actual, tal y cual se ha

¹⁶ Ibidem, p. 75.

manifestado la continuidad de la política económica de los presidentes Bush y Obama, no hace otra cosa que ser coherente con quienes fueron elegidos para conservar los intereses del gran capital y especialmente la hegemonía del imperialismo norteamericano. Solo que si el barco se hunde, se hunde para todos.

Si desde los intereses del gran capital no surgen fuerzas más sensatas capaces de velar por la sobrevivencia del ser humano, entonces le corresponde a la teoría revolucionaria enriquecerse, para aprovechar como oportunidad dicha crisis, uniendo todas las fuerzas posibles en el salvamento de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Friedman, Milton y Rose: “Libertad de Elegir”, Editorial Planeta-De Agostini, S.A, España, 1993.
- Keynes, John Maynard: “La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero”, Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- Krugman, Paul: “The Return of Depresión Economics and the Crisis of 2008”, W.W Norton & Company, New York London.
- Molina, Ernesto: “Desde la crisis hacia un plan integral para el desarrollo de América latina”. Premio en Estudios Americanos “Dr. Guillermo Toriello Garrido”, Centro de Estudios sobre América, 2009. (Inédito)
- Molina, Ernesto: “La Crisis Actual en Estados Unidos y su posible impacto en América Latina”, para la Colección Especial de la Editora Política, La Habana, 2009.